

Mexicanos, reconoce su método en el cómputo de los tiempos, y confiesa que habiendo ellos observado que en 18 meses de 20 días cada uno, no se abrazaba el curso completo del sol, añadieron los cinco días *Nemontémi*. “Esta gran proximidad, añade, á la exactitud filosófica, muestra claramente que los Mexicanos habian prestado á las investigaciones especulativas la atención que los hombres en estado de salvajes no suelen emplear en semejantes objetos.” ¿Qué hubiera dicho al saber, como sabemos, no solo por el gravísimo testimonio del Dr. Síguenza, sino por observaciones propias sobre la cronología mexicana, que además de contar aquellas gentes 365 días en el año, reconociendo el exceso de casi seis horas del año solar con respecto al civil, remediaron esta irregularidad por medio de los 13 días intercalares que añadian á su siglo de 52 años?

ARTES DE LOS MEXICANOS.

Después de haber hecho Mr. de Paw una ignominiosa descripción del Perú, y de la barbarie de sus habitantes, habla de México, “de cuyo imperio, dice, se han contado tantas maravillas y falsedades como las del Perú; pero lo cierto es, añade, que aquellas dos naciones eran casi iguales, ora se considere su gobierno, ora sus instrumentos y sus artes. La agricultura estaba en ellas abandonada; la arquitectura era mezquina; sus pinturas toscas; sus artes imperfectas; sus fortificaciones, sus palacios, sus templos, puras ficciones de los españoles. Si los Mexicanos hubieran tenido fortificaciones, hubieran podido guarecerse de los efectos de las armas de fuego, y aquellos seis mezquinos cañones de hierro que llevó consigo Cortés, no hubieran destruido en un momento tantos baluartes y trincheras. Los muros de sus edificios no eran otra cosa que grandes piedras, puestas unas sobre otras. El ponderado palacio, en que residían los reyes de México, era una cabaña; por lo que Cortés, no hallando habitación proporcionada en toda la capital de aquel estado

que acababa de someter, se vió en la precisión de mandar construir un palacio, que todavía subsiste.” No es fácil llevar cuenta de los desatinos que amontona Mr. de Paw en este pasaje; pero dejando aparte los relativos al Perú, hablemos tan solo de lo que escribe sobre las artes de los Mexicanos.

De su agricultura he hablado lo bastante para hacer ver que no solo cultivaban con gran esmero todas las tierras cultivables del imperio, sino que formaban con maravillosa industria nuevos terrenos, construyendo en la superficie del agua aquellos huertos y jardines flotantes, tan celebrados por españoles y extranjeros, y que aun admiran los que navegan en los lagos. También he probado, con la autoridad de muchos testigos oculares, que no solo cultivaban las plantas útiles al mantenimiento y al vestido del hombre, y al alivio de sus males, sino también las flores y los otros vegetales que solo sirven á los placeres de la vida. Cortés en sus cartas á Carlos V, y Bernal Diaz en su Historia, hablan con admiración de los famosos huertos de Iztapalapan y de Huaxtepec, que uno y otro vieron, y de los que habla también el Dr. Hernandez, que los vió 40 años después de la conquista. El mismo Cortés, en su carta al emperador, fecha 30 de octubre de 1520, dice: “es cosa grande la muchedumbre de habitantes en estos países, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado.” Es necesario tener una dosis nada vulgar de terquedad para negar crédito á esta clase de testimonios.

Con los mismos apoyos he hablado de la gran diligencia de los Mexicanos en la cria de toda especie de animales, en cuyo género de magnificencia escedió Moteuczoma á todos los reyes del mundo. Era imposible que aquellas gentes mantuviesen tan estupefanda variedad de cuadrúpedos, aves y reptiles, sin tener grandes conocimientos acerca de su naturaleza, de su instinto, de su modo de vivir &c.

Su arquitectura no era ciertamente comparable con la de los europeos; mas era muy superior á la de la mayor parte de los pue-

blos de Asia y Africa. ¿Quién osará comparar á las casas, á los palacios, á los templos, á los baluartes, á los acueductos, á los caminos de los antiguos Mexicanos, no ya las miserables cabañas de los tártaros, de los siberianos, de los árabes, y de aquellas mezquinas naciones que viven entre el Cabo-Verde y el de Buena-Esperanza, sino los edificios de Etiopia, de una gran parte de la India, de las islas del Asia y del Africa, y entre ellas el Japon? Basta confrontar lo que han escrito acerca de la arquitectura de todos estos países los viajeros que los han recorrido y examinado, para desmentir á Mr. de Paw, el cual osa asegurar que todas las naciones americanas eran inferiores en industria y sagacidad á los pueblos mas groseros del antiguo continente.

Dice que el ponderado palacio de Moteuczoma no era mas que una cabaña; pero Cortés, Bernal Diaz, y el conquistador anónimo, que tantas veces lo vieron, dicen todo lo contrario. “Tenia, dice Cortés hablando de Moteuczoma, en esta ciudad (de México) casas para su habitación, tales y tan maravillosas, que no creo poder expresar su escelencia y grandeza; por lo que diré tan solamente que no las hay iguales en España.” Así escribe este conquistador á su rey, sin miedo de que lo desmientan sus capitanes y soldados, los cuales tenian á la vista los objetos de que se habla. El conquistador anónimo, en su curiosa y sincera relación, tratando de los edificios de México, se explica en estos términos: “habia hermosas casas de señores, tan grandes y con tantas cuadras y jardines altos, y bosques, que nos dejaban atónitos. Yo entré cuatro veces por curiosidad en un palacio de Moteuczoma, y habiendo girado en lo interior hasta cansarme, no lo vi todo. Acostumbraban tener al rededor de un gran patio cámaras y salas grandísimas; pero sobre todo habia una tan vasta, que dentro de ella podian estar tres mil hombres sin incomodarse: era tal, que el corredor que habia encima formaba una placeta, en que podian correr cañas treinta hombres á caballo.” De

semejantes expresiones usa Bernal Diaz en su Historia. Todos los historiadores de México convienen en que el ejército de Cortés, compuesto de mas de 6,400 hombres, entre españoles, Tlaxcaltecas y Cempoaltecas, se alojó todo en el palacio que habia sido del rey Axayacatl, y quedó bastante para la habitación del rey Moteuczoma y de su servidumbre, además de los almacenes en que estaba guardado el tesoro del primero de aquellos dos monarcas. Por los mismos escritores consta la magnificencia y bellísima disposición del palacio de los pájaros; y Cortés añade que en las piezas de aquel edificio podian alojarse cómodamente dos grandes príncipes con todas sus cortes, y describe menudamente sus pórticos, sus cuartos y jardines. El mismo Cortés dice á Carlos V que en el palacio del rey Nezahualpilli, en Texcoco, se alojó él con 600 españoles y 40 caballos, y que era tan grande, que cabian en él 600 hombres mas. También habla del palacio del señor de Iztapalapan, y de muchas ciudades, alabando su estructura, su hermosura y su magnificencia. Tales eran las cabañas de los reyes y señores de México.

Decir, como dice Mr. de Paw, que Cortés mandó construir á toda prisa un palacio, porque no hallaba habitación proporcionada en aquella capital, es un error, que hablando con mayor propiedad, deberá llamarse una mentira. La verdad es, que Cortés, durante el asedio de México, quemó y arruinó la mayor parte de su caserío, como él mismo refiere, con cuyo objeto pidió, y obtuvo de sus aliados, algunos millares de hombres que únicamente se empleaban en echar abajo los edificios, á medida que los españoles adelantaban, á fin de no dejar á retaguardia ninguna casa en que pudieran parapetarse los enemigos. No era, pues, extraño que el caudillo español careciese de alojamiento proporcionado, en una ciudad que él mismo habia destruido; pero esta destrucción no fué tan general, que no quedasen en pie muchas buenas casas en el cuartel de Tlaltelolco, en que hubieran podido

acomodarse muy bien los españoles y todos sus aliados. “Desde que dispuso nuestro señor, dice Cortés, que esta gran ciudad de Temixtitan (México) fuese conquistada, no me pareció bien residir en ella, por causa de muchos inconvenientes; así que, me fui con toda mi gente á vivir á Coyoacan.” Si fuese cierto lo que dice Mr. de Paw, Cortés hubiera dado por motivo de su salida de la capital, la falta de edificios para su residencia y la de sus tropas. El palacio de Cortés se construyó en el mismo sitio en que habia estado el de Moteuczoma. Si Cortés no hubiese arruinado este, hubiera podido habitar cómodamente en él, como habitaba Moteuczoma con toda su corte. Además es falso que exista actualmente el palacio de aquel conquistador, pues se quemó el año de 1692, en una sedición popular. Pero sobre todo, es falsísimo que los muros de los edificios mexicanos no fuesen mas que grandes piedras, puestas unas sobre otras, sin ninguna union: lo contrario demuestran todos los historiadores y los restos de los edificios antiguos, de que despues hablaré. Así que, no hay en todo el pasaje de Mr. de Paw una sola proposición que no sea un error.

No contento con echar al suelo las casas de los Mexicanos, tambien se pone á destruir sus templos, y enfadado con Solís por que afirma que los de México eran 2,000 entre grandes y pequeños, dice: “Jamás ha habido tan gran número de edificios públicos en ninguna ciudad, desde Roma á Pekin; por lo que Gomara, ménos temerario, ó mas sensato que Solís, dice que, contando siete capillas, no se hallaron en México mas de ocho lugares destinados al culto de los ídolos.” Para que se vea la fidelidad de las citas de Mr. de Paw, copiaré el pasaje de Gomara á que se refiere. “Había, dice, en el Capítulo XXC, muchos templos en la ciudad de México, esparcidos por las parroquias ó barrios, con sus torres, y en ellos habia capillas y altares en que se ponian los ídolos. Casi todos eran de la misma forma; así que, lo que voy

á decir del templo principal, bastará para dar á conocer todos los otros:” y despues de una menuda descripción de aquel gran templo, ponderando su altura, su amplitud y su belleza, añade: “Además de estas torres, que se formaban sobre las pirámides, con sus capillas correspondientes, habia otras cuarenta y mas, entre grandes y pequeñas, en otros *Teocallis* (1) menores que habia dentro del recinto de aquel templo principal, los cuales eran todos de la misma forma que este.... otros *Teocallis* ó *Cues* habia en otros puntos de la ciudad.... todos estos templos tenian sus casas propias y sus sacerdotes, y sus dioses con todo lo necesario á su culto y servicio.” Vemos pues que el mismo Gomara, que segun Mr. de Paw, solo halló en México ocho lugares destinados al culto de los ídolos, comprendiendo siete capillas, cuenta claramente mas de 40 templos, dentro del recinto del templo principal, además de otros muchos esparcidos por las parroquias y barrios. ¿Quién podrá fiarse de Mr. de Paw despues de tan manifiesta falsedad?

Es verdad que Solís mostró poca crítica en dar por cierto el número de templos que los primeros historiadores espresaron solo por un cálculo conjetural; pero tambien se muestra poco juicioso Mr. de Paw en comprender en el número de los edificios públicos las capillas que los españoles llamaron templos. De estas habia innumerables. Todos los que vieron aquel país ántes de la conquista, declaran que tanto en los pueblos, cuanto en los caminos y en las montañas, se veian por todas partes edificios de esta clase, los cuales, aunque pequeños y diferentes en un todo de nuestras iglesias, fueron sin embargo llamados templos por estar consagrados al culto de los

(1) *Teocalli* [casa de Dios] era el nombre que daban los Mexicanos á sus templos. Entre los españoles, los unos los llamaban templos, los otros adoratorios; los otros, acostumbrados al lenguaje de los sarracenos, mezquitas, y otros, en fin, *Cues*, palabra tomada de la lengua haitiana. Los templos pequeños solian llamarse *humilladeros* ó *sacrificaderos*.

ídolos. Así en las cartas de Cortés, como en la Historia de Bernal Diaz, se ve que apenas daban un paso los conquistadores en sus expediciones, sin encontrar un templo ó capilla. Cortés dice que contó mas de 400 templos en la ciudad de Cholula. Pero habia una gran diferencia en las dimensiones de estos edificios. Algunos no eran mas que un pequeño terraplen de poca elevación, sobre el cual estaba la capilla del ídolo titular: otros eran realmente estupendos en su altura y amplitud. Cortés, hablando del templo mayor de México, asegura á Carlos V que no era fácil describir sus partes, su grandeza y las cosas que en él se contenian; que era tan grande, que dentro del recinto de la fuerte muralla que lo circundaba, cabia un pueblo de 500 casas. No hablan de otro modo de aquel y de los otros templos de México, Texcoco, Cholula y otras ciudades, Bernal Diaz, el conquistador anónimo, Sahagun y Tobar, que los vieron, y los historiadores mexicanos y españoles que escribieron despues, y con buenos informes y datos seguros, como son Acosta, Gomara, Herrera, Torquemada, Sigüenza, Betancourt y otros muchos. Hernandez describe una á una las 78 partes de que se componia el templo mayor. Cortés asegura que entre las altas torres que hermozeaban aquella gran capital, habia cuarenta tan elevadas, que la menor de ellas no era inferior en altura á la famosa Giralda de Sevilla. D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, habla en sus MSS de aquella torre de nueve pisos, que su célebre abuelo Nezahualcoyotl dedicó al Criador del cielo: edificio que probablemente es el mismo famoso templo de Tezcutzinco, que tanto encomia Valadés en su *Retórica Cristiana*.

Toda esta nube de autoridades depone contra Mr. de Paw: á pesar de las cuales no tiene á bien creer aquella gran multitud de templos en México, “porque Moteuczoma I fué el que dió á aquella villa la forma de ciudad: desde el reinado de aquel monarca hasta la llegada de los españoles no habian

trascorrido mas de 42 años, espacio que no basta á construir 2,000 templos.”

En primer lugar es falso que Moteuczoma I fué el que dió á México la forma de ciudad; pues sabemos por la historia que aquella capital tenia forma de ciudad desde los tiempos de Acamapichtzin, primer rey de aquel estado. En segundo lugar es falso que desde el reinado de Moteuczoma I hasta la conquista de los españoles no trascurrieron mas que 42 años. Moteuczoma empezó á reinar, segun he probado en mi segunda Disertación, el año de 1436, y murió en 1464, y los españoles no llegaron á México ántes de 1519: luego desde el principio del reinado de aquel príncipe hasta la llegada de los españoles hubo 83 años, y 55 desde la muerte de Moteuczoma. En tercer lugar Mr. de Paw se muestra enteramente ignorante de la estructura de los templos mexicanos, ni sabe cuán grande era el número de operarios que concurrían á la construcción de los edificios públicos, y cuánta su prontitud en llevarlos á cabo. Tal vez se ha visto en México construir en una sola noche un pueblo entero (aunque en verdad solo se componia de cabañas de madera cubiertas de heno) y conducir á él los nuevos colonos sus familias, sus animales y sus bienes.

En cuanto á fortificaciones, es cierto é indudable por el dicho de Cortés, y de todos cuantos vieron las antiguas ciudades de aquel imperio [1], que los Mexicanos y todas las otras naciones que vivian en sociedad, usaban murallas, baluartes, estacadas, fosos y trincheras. Pero aunque no hiciesen fe tantos testigos oculares, bastarian las fortificaciones antiguas que aun subsisten en Cuauhtochco, ó Guatusco, y en Mohaxac, de que ya he hablado en otra parte, para demostrar el error de Mr. de Paw. Es cierto que no eran

[1] Hablan con mucha frecuencia de las antiguas fortificaciones Cortés en sus cartas á Carlos V, Pedro de Alvarado, y Diego Godoy en sus cartas á Cortés, Bernal Diaz en su Historia, el conquistador anónimo en su relacion, Alfonso de Ojeda en sus Memorias, y Sahagun en su Historia: todos testigos oculares.

comparables con las de Europa, porque ni la arquitectura militar de aquellos pueblos se habia perfeccionado tanto, ni tenian necesidad de ponerse á cubierto de la artillería, cuyo uso les era desconocido; pero bastante dieron á entender su industria, inv entando tantas especies de reparos para defenderse de sus enemigos ordinarios. Quien lea las unánimes deposiciones de los conquistadores, no dudará de los grandes esfuerzos que tuvieron que emplear para combatir los fosos y las trincheras de los Mexicanos en el asedio de la capital, á pesar de ser excesivo el número de los aliados, y de tener tantas ventajas los sitiadores en las armas de fuego y en los bergantines. La terrible derrota que sufrieron los españoles, cuando se retiraron de México, no deja lugar á que se dude de las fortificaciones de aquella capital. No estaba circundada de murallas, porque tenia bastante para su seguridad con los grandes fosos que cortaban las calzadas que la unian con tierra firme, y que eran los únicos puntos por los cuales se podia entrar en su recinto; mas otras ciudades, cuya situacion no era tan ventajosa, tenian murallas y otros reparos para su defensa. El mismo Cortés describe menudamente las fortificaciones de la ciudad de Cuauhquechollan.

Mas, ¿para qué perder el tiempo en acumular testimonios y otras pruebas de la arquitectura de los Mexicanos, cuando ellos mismos nos las han dejado irrecusables en las tres calzadas que construyeron sobre el lago, y en el antiquísimo acueducto de Chapultepec un monumento inmortal de su industria?

Los mismos autores que testifican el estado á que llegó la arquitectura en aquellos pueblos, acreditan la escelencia de sus plateros, de sus tejedores, de sus lapidarios, y de los que se empleaban en los mosaicos y otras obras de plumas. Fueron muchos los europeos que vieron y examinaron estos trabajos, y se maravillaron de la destreza de sus artífices. Sus obras fundidas escitaron la admiracion de los plateros de Europa, como afirman muchos escritores que entónces vi-

vian, y entre otros el historiador Gomara que tuvo muchas de aquellas piezas en sus manos, y oyó decir á los plateros de Sevilla que no se creian capaces de imitarlas. ¿Es tan comun el arte de construir aquellas alhajas de que hablé en el libro VIII de esta Historia, y que celebran unánimemente tantos escritores? ¿Hay muchos artífices en Europa que sepan fundir un pez, con escamas de oro y plata, dispuestas alternativamente? Cortés dice que las imágenes de oro y de pluma que vió en México eran de tan esquisita labor que no le parecia posible se hiciesen mejores en Europa; que en cuanto á las joyas no se podia entender de qué instrumentos se valian para darles tanta perfeccion, y que los trabajos de pluma eran tales, que ni en cera, ni en seda se podian imitar. En su tercera carta á Carlos V., hablando del botin que cayó en manos de los conquistadores, despues de la toma de México, dice que se hallaron unas rodelas de oro y plumas, y otras preciosidades de la misma materia, tan maravillosas, que no siéndole posible dar una exacta idea de su mérito por escrito, las enviaba á S. M. para que por sus propios ojos se asegurase de su escelencia y perfeccion. Estoy seguro que no hubiera hablado en aquellos términos de unos objetos que enviaba, si no hubieran merecido estos los elogios que de ellos hacia. Casi en los mismos términos que Cortés, se espresan sobre el mismo asunto los autores, que vieron aquellas obras, como Bernal Diaz, el conquistador anónimo, Gomara, Hernandez, Acosta y otros, de cuyos datos me he valido para todo lo que he escrito sobre este asunto en mi Historia.

El Dr. Robertson reconoce el unánime testimonio de los antiguos escritores españoles, y cree que no tuvieron intencion de engañar á los que leyeron sus escritos; pero asegura que todos fueron inducidos á exagerar, por las ilusiones que el calor de su imaginacion les sugeria. Con esta bella solucion no hay cosa mas fácil que echar por tierra todo lo que en sí contienen las historias. Todos, todos se engañaron, sin esceper-

tuar al ilustre Acosta, ni al docto Hernandez, ni á los artífices sevillanos, ni al rey Felipe II, ni al sumo pontífice Sisto V., admiradores todos, y encomiadores de aquellas obras maestras de la industria de los pueblos del Nuevo-Mundo. Todos tuvieron caliente la imaginacion, y aun aquellos mismos que escribieron pocos años despues de la conquista. Tan solamente el escocés Robertson y el prusiano Paw han tenido, despues de dos siglos y medio, aquel temple de fantasía que es necesario para juzgar exactamente de las cosas; sin duda porque el frio de los paises en que nacieron habrá moderado los impetus fogosos de su imaginacion.

„Estas descripciones, añade Robertson, no bastan para que formemos juicio del mérito de los trabajos de los Mexicanos: es necesario considerar los productos de sus artes, como todavía se conservan. Muchos de sus adornos de oro y plata, como tambien, muchos utensilios domésticos están depositados en el magnífico gabinete de curiosidades naturales y artificiales, que acaba de abrir el rey Católico; y algunas personas, en cuyo gusto y juicio debo fiarme, me han asegurado que estos ponderados esfuerzos del arte de los Mexicanos, son torpes representaciones de objetos comunes, ó imágenes de figuras humanas y de animales, privadas enteramente de gracia y propiedad.” Y en la nota de este pasaje añade: „En la armería del palacio real de Madrid se muestran unas armaduras que dicen ser de Moteczoma. Compónense de unas placas de cobre muy bruñidas. Los inteligentes las creen orientales. La forma de los adornos de plata de que están cubiertas, son figuras de dragones, y pueden considerarse como apoyos de aquella opinion. En punto á trabajo, son infinitamente superiores á todos los otros esfuerzos de la industria americana, vistos hasta ahora. La sola muestra indudable que yo he visto del arte de los Mexicanos en Inglaterra, es una copa de oro finísimo, que aseguran haber pertenecido á Moteczoma. En esta copa se representa un rostro humano. Por una parte se ve el rostro

de frente; por otra de perfil, y por otra la parte superior de la cabeza. Las facciones son gruesas, pero tolerables, y demasiado tosco el trabajo para que se pueda atribuir á mano española. Esta copa fué comprada por Odoardo, conde de Oxford, cuando se hallaba en el puerto de Cadiz.” Hasta aquí Robertson, á cuyas observaciones respondo.

1. Qué no tuvo motivo para creer que aquel tosco trabajo fuese realmente mexicano. 2. Que tampoco sabemos si las personas á cuyo juicio creyó deber fiarse Robertson, merecian tambien nuestra confianza; pues vemos que aquel escritor se fia con mucha frecuencia del testimonio de Gage, de Corral, de Ibañez, y de otros autores muy poco dignos de crédito. Tambien pudo ser que aquellas personas tuviesen caliente la imaginacion; pues segun la índole de la corrompida especie humana, es mas comun calentarse la imaginacion en contra, que en favor de una nacion. 3. Que es bastante probable fuesen realmente mexicanas las armas que aquellos inteligentes creyeron orientales; pues estamos seguros por el testimonio de todos los escritores de México, que aquellas naciones usaban armaduras de placas ú hojuelas de cobre, y que con ellas se cubrian el pecho, los brazos y los muslos, para defenderse de las flechas, y no sabemos que hayan tenido el mismo uso los habitantes de las islas Filipinas, ni algun otro pueblo de los que con ellos tenian tráfico y comunicacion. Los dragones representados en aquellas armas, léjos de confirmar, como cree Robertson, la opinion de los que las tienen por orientales, confirman mas bien la mia; pues no ha habido pueblo en el mundo que haya usado en sus armas las figuras de animales terribles tan comunmente, como hacian los Mexicanos. Ni es de estrañar que estos tuviesen idea de los dragones, pues tambien la tenian de los grifones, como asegura Gomara, el cual dice que algunos señores tenian en sus armas la figura de un grifon, con un ciervo en las garras. 5. Que aunque sean toscas las imágenes formadas en aquellas labores de oro y plata, bajo otro aspecto po-

drian ser excelentes, maravillosas é inimitables; pues en ellas deben considerarse dos clases de trabajo que no tienen entre sí la menor conexión, á saber: la fundición y el dibujo. El famoso pez de que ya he hablado, tendria quizás una forma incorrecta y desproporcionada, sin que esto disminuya el mérito de aquella admirable alternativa de escamas de oro y plata, hechas en la fundición. 6. Finalmente, el juicio de algunas personas desconocidas al público, sobre aquellos pocos objetos de dudoso origen que están en el gabinete de Madrid, no puede contrapesar la unánime decisión de todos los historiadores antiguos, que vieron y describieron muchos trabajos de aquella especie, indudablemente mexicanos.

De todo lo que llevo dicho hasta ahora, se infiere el gran agravio que hace Mr de Paw á los Mexicanos, creyéndolos inferiores en industria y sagacidad á los pueblos mas incultos del antiguo continente. El P. Acosta, hablando de los peruanos, dice: "Si estos hombres son bestias, dígalo quien quiera: yo estoy seguro que en aquello á que se aplican, nos son muy superiores." Esta ingenua confesion de un europeo de tan sana crítica, y tan imparcial en sus opiniones, vale algo mas que todas las invectivas de un filósofo prusiano, y de un historiador escoces, mal instruidos uno y otro en las cosas del Nuevo-Mundo, y estrañamente prevenidos contra los pueblos que lo habitan.

Pero aun concediendo á Mr. de Paw que la industria de los americanos en sus artes sea inferior á la de los otros pueblos del mundo, nada debe inferirse de aquí contra las calidades mentales de aquellos pueblos, ni contra el clima de sus regiones, siendo cierto é indudable que la mayor parte de los inventos y progresos de la industria, se deben mas que al ingenio, á la suerte, á la necesidad y á la codicia. Los hombres mas diestros en las artes no son siempre los mas ingeniosos, sino los que mas necesidades padecen, y los que mas vivamente sienten los deseos de adquirir. „La esterilidad de la tierra, dice Montesquieu, hace industriosos

á los hombres, porque se ven precisados á proporcionarse de un modo ó de otro lo que la tierra les rehusa. La fertilidad de la tierra trae consigo la facilidad de mantenerse, y al mismo tiempo la desidia. „La necesidad, dice el mismo Robertson, es el estímulo y el conductor del género humano en el camino de los inventos." Los chinos no serian ciertamente tan industriosos como son, si la excesiva poblacion del pais no hiciese tan difícil la subsistencia; ni en Europa se hubieran hecho tantos progresos en las artes, si hubiese faltado el aliciente de los premios, á la esperanza de mejorar fortuna en los que las cultivan. Sin embargo de todo, los Mexicanos pueden alegar en su favor muchos inventos capaces de inmortalizar sus nombres, como son, ademas de sus famosas fundiciones de metales finos, y sus inimitables mosaicos de plumas y de conchas, el papel que hacian con algodón, maguey, seda y palma de monte (1); sus tintes de colores indelebiles; sus hilados y tejidos del pelo mas sutil del conejo y de la liebre; sus navajas de afeitar de obsidiana ó piedra *itzli*; la industriósísima cria de la cochinilla, para sacar de este insecto tan preciosos colores; el esmalte de los pavimentos de las casas y otros muchos no ménos dignos de admiracion, cuyos pormenores pueden verse en esta obra, y en la de todos los historiadores de México, así como de los inventos y progresos industriales de los peruanos, dan suficiente idea las obras del Inca Garcilaso y del P. Acosta, y las *Cartas Americanas* de Carli. Pero ¿qué estraño es que las naciones civilizadas del nuevo continente poseyesen aquellas invenciones y conocimientos, cuando entre los pueblos bárbaros del mismo se han encontrado artes singularísimas y nunca vistas en Europa. ¿Qué invento, por ejemplo, mas estraordinario que el de domesticar los

[1] Véase lo que digo sobre el papel en el libro VII. La invencion del papel es sin duda mas antigua en América que en Egipto, de donde pasó á Europa. Es cierto que el papel mexicano no es comparable en finura al europeo; pero debe tenerse presente que no lo hacia para escribir sino para pintar.

peces del mar, y servirse de ellos para pescar otros mas grandes, como hacian los habitantes de las Antillas? Esta sola prueba de ingenio y destreza, de que hacen mencion Oviedo (1), Gomara y otros autores, bastaria para desmentir las invectivas de Mr. de Paw contra la industria de los americanos.

LENGUA MEXICANA.

„Las lenguas de América, dice Mr. de Paw, son tan limitadas y tan escasas de palabras, que no es posible espresar en ellas ningun concepto metafísico. En ninguna de ellas se puede contar mas allá de tres (en otra parte dice que los Mexicanos contaban hasta diez). No es posible traducir un libro, no ya en las lenguas de los algonquines y de los guranies ó paraguayeses, pero ni aun en las de México y Perú, por no haber en ellas suficiente cantidad de voces para espresar nociones generales." El que lea estas decisiones magistrales del filósofo prusiano, se persuadirá sin duda que pronuncia su fallo, despues de haber viajado por toda la América, y de haber examinado todas las lenguas que se hablan en aquel continente; pero no es así: sin salir de su gabinete de Berlin,

(1) El pez de que los indios se servian para dar caza á otros mayores, como en Europa se usan los halcones para cazar otras aves, es el llamado en aquellas islas *Guaican*, y por los españoles *Reverso*. Oviedo describe el modo con que hacian esta pesca.

sabe mejor todo lo que pasa en América, que los mismos americanos, y en el conocimiento de las lenguas es superior á los que las hablan. Yo aprendí la mexicana, y la oí hablar á los Mexicanos por espacio de muchos años, y no sabia que fuese tan escasa de voces numerales y de términos significativos de ideas universales, hasta que me descubrió este gran secreto Mr. de Paw. Sabia que los Mexicanos habian dado el nombre de *Centzonlli* (esto es 400) ó mas bien el de *Centzonllatale* (esto es, el que tiene 400 voces) á aquel pájaro tan célebre por su singular dulzura, y por la incomparable variedad de su canto. Tambien sabia que los antiguos Mexicanos contaban por *xiquipilli* las almendras de cacao que empleaban en el comercio, y sus tropas en la guerra; así que, para decir, por ejemplo, que un ejército se componia de 40.000 hombres, decian que tenia 5 *xiquipillis*. Sabia yo, en fin, que los Mexicanos tenian voces numerales para espresar cuantos millares y millones querian; pero Mr. de Paw sabe todo lo contrario, y no hay duda que lo sabrá mejor que yo, porque yo tuve la desgracia de nacer en un clima ménos favorable que el de Prusia, á las operaciones intelectuales. Sin embargo, para satisfacer la curiosidad de mis lectores quiero ponerles á la vista la serie de nombres numerales de que se han servido siempre las naciones de Anáhuac.

VOCES NUMERALES DE LOS MEXICANOS.

1	.....	Ce.
2	.....	One.
3	.....	Yei.
4	.....	Nahui.
5	.....	Macuilli.
6	.....	Chicuace.
7	.....	Chicome.
8	.....	Chicuei.
9	.....	Chiucnahui.
10	.....	Mallacli.
15	.....	Chactolli.

Con estas voces diversamente combinadas entre sí, y con los tres nombres de *Pohualli*, ó *Poalli* 20, *Tzonlli* 400, y *Xiquipilli* 8,000, espresan cualquiera cantidad, como

20 .....	<i>Cempoalli.</i>
40 .....	<i>Ompoalli.</i>
60 .....	<i>Epoalli.</i>
80 .....	<i>Nauhoalli.</i>
100 .....	<i>Macuilpoalli.</i>
120 .....	<i>Chicuacempoalli.</i>
200, 10 veces 20 .....	<i>Matlacpoalli.</i>
300, 15 veces 20 .....	<i>Caxtolpoalli.</i>

De este mismo modo cuentan hasta llegar á 400

400 .....	<i>Centzonli.</i>
800 .....	<i>Ontzonli.</i>
1,200 .....	<i>Etzonli.</i>
1,600 .....	<i>Nauhtzonli.</i>
2,000 .....	<i>Macuiltzonli.</i>
2,400 .....	<i>Chicuacenzonli.</i>
4,000, 10 veces 400 .....	<i>Matlactzonli.</i>
6,000, 15 veces 400 .....	<i>Caltlactzonli.</i>

Este modo de numerar sigue hasta 8,000.

8,000 .....	<i>Cexiquipilli.</i>
16,000 .....	<i>Oxiquipilli.</i>
24,000 .....	<i>Exiquipilli.</i>
32,000 .....	<i>Nauhxicupilli.</i>
40,000 .....	<i>Macuixiquipilli.</i>
48,000 .....	<i>Chicuacenicupilli.</i>
80,000, 10 veces 8,000 .....	<i>Matlaxiquipilli.</i>
120,000, 15 veces 8,000 .....	<i>Caxtolxicupilli.</i>
160,000, 20 veces 8,000 .....	<i>Cempolxicupilli.</i>
320,000, 40 veces 8,000 .....	<i>Ompolxicupilli.</i>
3,200,000, 400 veces 8,000 .....	<i>Centzonxicupilli.</i>
6,400,000, 800 veces 8,000 .....	<i>Ontzonxicupilli.</i>
32,000,000, 4,000 veces 8,000 .....	<i>Matlactzonxicupilli.</i>
48,000,000, 6,000 veces 8,000 .....	<i>Caltlactzonxicupilli</i> [1].

En este catálogo de voces numerales mexicanas, se echa de ver que los que, segun Mr. de Paw, no tenían palabras para contar mas allá de tres, podian contar, á lo ménos, hasta 48,000,000. Del mismo modo me seria fácil rebatir el error de Mr. de La Condamine, y del mismo Mr. de Paw, alegando el ejemplo de otras muchas lenguas de América, aun de las que se usaban por

pueblos que se creian generalmente bárbaros. Actualmente se hallan en Italia personas muy prácticas en las cosas del Nuevo Mundo, y que pueden dar razon de mas de 60 lenguas americanas; pero todo esto serviria tan solo para cansar la paciencia de los lectores. Entre los materiales que he recogido para esta obra, tengo los nombres numerales de la lengua araucana, que con ser

(1) Dije que podian contar hasta 48,000,000 cuando ménos, porque pueden contar mayores cantidades; pero necesitan emplear palabras mas largas, y lo dicho basta para desmentir á Mr. de Paw.

de una nacion mas guerrera que culta, tenia voces para contar millones [1].

No es menor la equivocacion de Mr. de Paw en afirmar que las lenguas americanas no pueden espresar conceptos metafísicos; noticia que ha sacado de la obra de Mr. de la Condamine. "Tiempo, dice este filósofo, hablando de las lenguas americanas, duracion, espacio, ser, sustancia, materia, cuerpo, todas estas palabras, y otras muchas carecen de equivalente en aquellos idiomas. No solo los nombres de los seres metafísicos, sino tambien los de las ideas morales carecen de voces propias, y solo pueden espresarse aquellos conceptos, muy imperfectamente y con largas circunlocuciones." Pero Mr. de la Condamine sabia tanto de lenguas americanas como Mr. de Paw, y sin duda se informó de algun hombre ignorante, como sucede tantas veces á los viajeros. Yo estoy íntimamente convencido de que muchas lenguas americanas no tienen esa escasez de voces de que hablan aquellos escritores; pero dejando esto por ahora, hablemos solo de la mexicana, que es el principal objeto de la disputa.

Es cierto que los Mexicanos no tenían voces para espresar los conceptos de la materia, de la sustancia, del accidente y otros semejantes; pero tambien es cierto que ninguna lengua de Asia y de Europa las tenia, hasta que los griegos empezaron á formar ideas abstractas, y á inventar voces para espresarlas. El gran Ciceron, que tan bien sabia su lengua latina, y que floreció en tiempo de su mayor perfeccion, aunque la creia mas abundante que la griega, trabajó

mucho en sus obras filosóficas en hallar voces correspondientes á las ideas metafísicas de los griegos. ¡Cuántas veces no se vió obligado á crear términos nuevos, equivalentes en algun modo á los griegos, porque no los hallaba en su idioma nativo! Y aun en la actualidad, despues que aquella lengua se ha enriquecido con muchas palabras inventadas por Ciceron, y por otros doctos romanos, que á su ejemplo se dieron al estudio de la filosofía, le faltan espresiones correspondientes á muchos conceptos metafísicos, y para darlos á entender, tiene que echar mano del bárbaro lenguaje de las escuelas. Ninguna de las lenguas que hablan los filósofos de Europa tenia voces significativas de la sustancia, del accidente, y de otros conceptos semejantes; por lo que fué necesario emplear las griegas y latinas. Los Mexicanos antiguos, que no se aplicaron al estudio de la metafísica, merecen alguna disculpa por no haber inventado el lenguaje propio de aquella ciencia: no es, sin embargo, tan escasa su lengua de voces significativas de ideas generales, como Mr. de la Condamine asegura que lo son las de los pueblos de la América Meridional; ántes bien afirmo que hay pocas lenguas mas capaces de espresar las ideas metafísicas, que la mexicana, porque es difícil hallar otra en que tanto abunden los nombres abstractos. Pocos son los verbos que tiene de que no puedan formarse nombres verbales correspondientes á los latinos en *io*, y pocos los nombres sustantivos y adjetivos, de que no se formen nombres abstractos, que espresan el ser, ó la *quididad* de las escuelas. No encuentro la misma facilidad en el hebreo, en el griego, en el latin, en el frances, en el ingles, en el italiano, en el español y en el portugues, de cuyos idiomas me parece tener el conocimiento necesario para hacer la comparacion. Para ilustrar mas este asunto, y satisfacer la curiosidad de los lectores, daré aquí algunas de aquellas voces, que suelen oirse en boca de los indios mas groseros.

[1] *Mari*, en lengua araucana vale 10; *Pataca*, 100; *Huaranca*, 1,000; *Patachuaranca*, 100,000; *Maripatacahuranca*, 1,000,000. Despues de escrita esta Diser-tacion he adquirido la serie de voces numerales de la lengua *otomite*, que aunque se crée una de las mas imperfectas de América, puede espresar todo número de millares.

CATALOGO DE VOCES MEXICANAS QUE SIGNIFICAN IDEAS

METAFISICAS Y MORALES.

Cosa .....	Tlamantli.
Esencia .....	Geliztli.
Bondad .....	Cualloti.
Verdad .....	Neltiliztli.
Unidad .....	Cetiliztli.
Dualidad .....	Ometiliztli.
Trinidad .....	Jeitiliztli.
Dios .....	Teotl.
Divinidad .....	Teoyotl.
Reflexion .....	Neyolnonotzaliztli.
Prevision .....	Tlatchtopaitlaliztli.
Duda .....	Neyoltzotzonaliztli.
Recuerdo .....	Tlalnamiquliztli.
Olvido .....	Tlalcahualiztli.
Amor .....	Tlazollaliztli.
Odio .....	Tlacocoliztli.
Temor .....	Tlamauhtiliztli.
Esperanza .....	Netemachiliztli.
El que tiene todas las cosas .....	{ Tloqué, { Nahuaque.
Aquel por quien se vive .....	Ipalnemoani.
Incomprensible .....	Amacicacaconi.
Eterno .....	Cemicacyeni.
Eternidad .....	Cenmancanyeliztli.
Tiempo .....	Cahuil.
Creador de todo .....	Cenyocoyani.
Omnipotente .....	Oenhuelitini.
Omnipotencia .....	Cenhueliciliztli.
Persona .....	Tlacatl.
Personalidad .....	Tlacayotl.
Paternidad .....	Tayotl.
Maternidad .....	Nanyotl.
Humanidad .....	Tlactipactlacayotl.
Alma .....	Teyolia.
Mente .....	Teixtlamatia.
Sabiduría .....	Tlamatiliztli.
Razon .....	Ixtlamachiliztli.
Comprehension .....	Ixaxiliztli.
Conocimiento .....	Tlaximatiliztli.
Pensamiento .....	Tlanemiliztli.
Dolor .....	Necocoliztli.
Arrepentimiento .....	Neyoltequipacholiztli.
Deseo .....	Ellehuitzli.
Virtud .....	{ Cualtihuani. { Yectihuani.

Malicia .....	Acualloil.
Fortaleza .....	Tolchicahualiztli.
Templanza .....	Tlaxiyecoliztli.
Prudencia .....	Yollomachiliztli.
Justicia .....	Tlamelahicacachicahualiztli.
Magnanimidad .....	Yolhueliztli.
Paciencia .....	Tlopaccaihuyohuiliztli.
Liberalidad .....	Tlanemaciliztli.
Mansedumbre .....	Paccanemiliztli.
Benignidad .....	Tlatlacoyotl.
Humildad .....	Necnomatiliztli.
Gratitud .....	Tlazocamatiliztli.
Soberbia .....	Nepohualiztli.
Avaricia .....	Teoyehuacatiliztli.
Envidia .....	Nexicoliztli.
Pereza .....	Tlatzihuiliztli.

Por la excesiva cantidad de estas voces que forman el caudal de la lengua mexicana, ha sido muy fácil espresar en ella los misterios de nuestra religion, y traducir algunos libros de la Sagrada Escritura, entre otros los proverbios de Salomon y los Evangelios, los cuales, como la Imitacion de Cristo de Tomas Kempis y otros semejantes, que se leen hoy en aquel idioma, contienen un vasto caudal de voces significativas de ideas metafisicas y morales. Son tantos los libros publicados en lengua mexicana sobre la religion y la moral cristiana, que con ellos solos podria formarse una buena libreria. Al fin de esta Disertacion daré un catálogo de los principales autores de que me acuerdo, no ménos para confirmar cuanto llevo dicho, que en testimonio de gratitud á sus desvelos. Algunos de ellos han publicado un gran número de obras, que yo mismo he visto: otros, para facilitar á los españoles la inteligencia de la lengua mexicana, han compuesto gramáticas y diccionarios de esta.

Lo que digo del mexicano, se puede afirmar igualmente de las otras lenguas que se hablaban en aquellos dominios, como la otomite, la matlazineca, la mixteca, la zapoteca, la totonaca y la popoluca; pues tambien se han compuesto gramáticas y diccionarios de todas ellas, y en todas se han publicado tratados de religion, como se verá en dicho catálogo.

Los europeos que han aprendido el mexicano, entre los cuales hay italianos, franceses, flamencos, alemanes y españoles, le han tributado grandes elogios, y algunos la han encomiado hasta creerla superior á la griega y á la latina, como en otra parte he dicho. Boturini afirma que "en la urbanidad, en la cultura y en la sublimidad de las espresiones, no hay lengua alguna que pueda serle comparada." Este escritor no era español, sino Milanes: no era un hombre vulgar, sino crítico y erudito: sabia muy bien á lo ménos el latin, el italiano, el frances, el español, y del mexicano lo suficiente para formar un juicio comparativo. Reconozca pues su error Mr. de Paw, y aprenda á no decidir en las materias que ignora.

Una de las pruebas de que el conde de Buffon echa mano en apoyo de la reciente organizacion de la materia en el Nuevo-Mundo, es que los órganos de los americanos son ásperos, y sus idiomas bárbaros. "Véase, dice, la lista de sus animales, cuyos nombres son de tan difícil pronunciacion, que parece increíble haya habido europeos que se hayan tomado el trabajo de escribirlos." Yo no me maravillo tanto de su trabajo en escribirlos, como de su descuido en copiarlos. Entre los autores europeos que han escrito la historia natural y civil de México en Europa, no he hallado uno solo que no haya alterado